

LA VIEJA CASA DE EDUARDO CASTRO

Una melodía que parecía tocada por violines sonaba a lo lejos, como proveniente del exterior. Los niños dormían. Era casi terrorífico. No sé si tú habrás visitado alguna casa antigua de noche, pero aquella casa hacía honor a los rumores que corrían sobre ella en la ciudad, sobre ella y su horrible maldición. No me malinterpretes, la casa no está maldita, está viva. Pero ya llegaremos a eso más adelante.

Perdóname por esta introducción tan enigmática, pero bien decía mi sabio abuelo que las historias siempre se han de contar desde un principio, aunque ese principio no siempre cuadre con lo primero que ocurrió. Verás, te hablo de algo que tuvo lugar hace mucho tiempo, en esta misma isla. Una oscura noche a mediados de marzo, una profesora de primaria llevó a su clase de acampada a los jardines de la vieja casa de Eduardo Castro, su tatarabuelo, en la que en tiempos mejores había residido su familia. Allí no vivía nadie, pero una vez a la semana era visitada por tres señoras viejísimas -se decía en la ciudad que eran más viejas que el tiempo mismo-, que se encargaban de su mantenimiento. El colegio había dado el visto bueno a la aventura y, a pesar de que faltaba poco más de medio año para octubre, los niños iban disfrazados festejando un Halloween extranjero y prematuro.

La profesora, que se hacía llamar Mari porque María Rosa Hernández ya se había llamado su difunta abuela, estaba contenta de poder impresionar al director del colegio en su primer semestre en el centro. La casa era actualmente propiedad de su hermano mayor, Juan Ramón Hernández, ingeniero de estructuras. Según su padre, vivía del cuento en algún piso de lujo en Madrid pagado por la millonaria de su mujer, Sandra Olivares, que heredó toda la fortuna de la familia al morir su tío. Hacía casi una década que Juan no se hablaba con el resto de su

familia, pero Mari aún conservaba las llaves del viejo caserón y, después de no haber entrado en casi tres años, decidió sacudirles el polvo y aprovechar la ventaja.

Estaba a punto de anochecer y los niños se agolpaban frente a la puerta de la casa con sus linternas encendidas y colgadas de sus mochilas de colores. A Mari siempre le habían encantado los niños, aunque aparentemente prefería los ajenos, pues dicen las malas lenguas que su prometido la dejó cuatro días antes de la boda porque ella le dijo que no quería ser madre. Aunque eso yo no te lo puedo confirmar, como ya he dicho, son cosas de las malas lenguas, que hay muchas en esta ciudad.

Justo en el medio del ruidoso grupo había una niña observando en silencio los ventanales de la casa. Su nombre era Carmen Catalina Díaz-Palacios, pero, los pocos que la llamaban, la llamaban Catalina. Era la única de la clase que no iba disfrazada. El director había advertido a Mari sobre ella, decía que era muy lista pero que nunca prestaba atención y no hablaba con el resto de los niños, que tampoco parecían prestados a entablar una conversación.

Catalina se sobresaltó cuando una de las puertas se abrió sin que Mari se acercara. El alboroto causado por los niños fue sustituido por un silencio sepulcral. Del interior de la casa salieron Paz, Roberta y Luz María Sánchez, las ancianas encargadas del mantenimiento. La gente dice que fueron trillizas pero yo no lo sé con seguridad, aunque sí me consta que fueron hermanas. Hace ya tiempo que no se las ve por los alrededores, pero como ya he mencionado eran de muy avanzada edad. Puede que estén muertas, por eso el pretérito perfecto. Aunque yo no sé si me lo creo, mala hierba nunca muere, ¿o acaso me equivoco?

Las ancianas reptaron escaleras abajo y algún que otro chiquillo se quedó asombrado con su brutal parecido a tres serpientes que llevan décadas sin mudar la piel. Roberta le entregó su copia de la llave a Mari, siseó algo entre las líneas de "todo listo" y desapareció entre la maleza del jardín seguida por sus dos hermanas.

Mari sonreía, había pasado su infancia en aquella casa y estaba preparada para compartir un poco de ello con sus niños, así que subió los escalones de la entrada, abrió las dos puertas de par en par y les invitó a pasar.

La vieja casa parecía más grande por dentro de lo que lo era en realidad. Las paredes subían casi hasta el cielo y las escaleras envolvían el patio interior como un cinturón a un vestido. La noche aún era joven y los niños estaban muy despiertos.

Mari los guio hasta el patio interior para que montaran sus tiendas de campaña y extendieran sus sacos de dormir. Cuando hubieron acabado, los sentó en corro alrededor de una lámpara de gas que había encendido en medio del jardín.

Una vez estuvieron acomodados, Mari se sentó con ellos y les repartió comida, les explicó las normas de la excursión y recalcó que estaba terminantemente prohibido salir de la casa durante la noche. Uno de los niños levantó la mano. Álvaro de Paz, Alvarito para todo el mundo. Iba disfrazado de superman y, como era el popular de la clase, todo el mundo se calló para escuchar lo que tenía que decir. Mari le dio la palabra y el chiquillo hizo una pregunta que a sus ojos pudo parecer hasta divertida, pero que no lo fue.

Se dice que al escuchar al niño la humilde profesora se quedó blanca como la leche misma y que de la cara que puso se podría haber pintado un cuadro.

Alvarito tímidamente había preguntado si era verdad lo que decían sobre la casa, eso de que había muerto gente dentro. Probablemente formuló la pregunta únicamente para asustar a sus compañeros, o para presumir de su autoproclamada valentía, lo cierto es que ni él mismo lo sabía con certeza.

Había atraído su pequeño atrevimiento la atención de Catalina, quien dejó de observar las columnas de la casa para clavar su mirada de hielo directamente en los ojos de Mari. La profesora se aclaró la garganta. El corazón le latía a mil por hora. Apagó la lámpara, metió la mano en su mochila para sacar su linterna y se apuntó con ella a la cara desde abajo, entonces procedió a contarles a los niños una historia, que yo he tratado de reproducir lo más fielmente posible:

-Veréis, niños, esta casa vio nacer hace casi un siglo a mi bisabuela Francisca Susana Castro, un desdichado veinticinco de enero. Su madre, Olga Pérez, por obra de este desgraciado universo, tuvo el amargo destino de morir al darle a luz en el que fue el décimo de sus partos, lo que hizo que su padre, Eduardo Castro, quien construyó esta casa, se entregara a la bebida presa de una profunda depresión, que eventualmente se convirtió en la cruz que lo llevaría a la tumba. Les dejó todo en herencia a sus hijos, salvo sus viejos violines y otras pertenencias, que dijeron que escondió en la casa, pero nunca nadie encontró.

Por aquel entonces en esta isla había muchos huérfanos y poco pan, así que mi bisabuela Francisca y sus nueve hermanos y hermanas mayores tuvieron que ponerse a trabajar desde

muy jóvenes para llevarse algo a la boca. Fue cuando ella tenía unos once años que se prestó a servir a un hombre adinerado que vivía solo en la parte alta de la ciudad. Su hermana mayor, de nombre Ángeles Margarita Castro, trató de advertirla de la supuesta locura del hombre y de que había cometido delitos graves y secuestrado a gente, librándose de la cárcel gracias a su billetera, pero mi bisabuela decidió no creer el cuento.

Pues bien, llegó mi bisabuela Francisca a la casa de aquel hombre para hacer sus tareas domésticas y tocó la puerta, y al no obtener respuesta se sentó a esperar en el escaloncito de la entrada.

Minutos después apareció un criado que la invitó a pasar y mi pobre bisabuela lo hizo con gusto, sin darse cuenta de la sospechosa cinta que llevaba el muchacho en las manos. A partir de ahí todo ocurrió demasiado deprisa. El criado cerró con un portazo y de la nada apareció el viejo hombre adinerado, que la agarró antes de que pudiera resistirse y le ató las manos con la cinta. Mi bisabuela Francisca suplicó al muchacho que la liberara pero, aunque vio en sus ojos un atisbo de arrepentimiento, él obedeció las órdenes de su amo. Fue entonces cuando vio a lo lejos una puerta entreabierta que daba al exterior. Esperó pacientemente a que el criado se fuera y la dejara sola con el hombre y, cuando este tuvo la guardia baja, mi bisabuela le dio un codazo en las costillas y aprovechó para salir corriendo aún con las manos atadas.

Corrió y corrió calle abajo con el hombre pisándole los talones. La calle estaba sorprendentemente vacía para la hora que era, así que, a pesar de saber que todos sus hermanos estaban cumpliendo con sus respectivos trabajos, optó por correr hacia su casa.

Llegó a la casa cansada y sin poder más, y sin pensarlo entró en este mismo patio donde estamos ahora, que como veis carece de otra salida que no sea la puerta principal, por la que segundos después aparecería el hombre, cuchillo en mano. Mi bisabuela temblaba de miedo, estaba cansada, maniatada y sin fuerzas para resistirse. Mi padre dice que ella no era religiosa, pero que en ese momento gritó todas las oraciones que se sabía y rompió a llorar.

Entonces ocurrió lo que nadie es aún hoy capaz de explicar. El suelo comenzó a temblar como si de un terremoto se tratara y todo comenzó a dar vueltas y vueltas envolviendo a mi bisabuela y a aquel hombre en un profundo torbellino. Según ella misma lo dijo: fue la casa. La casa se despertó y desató su furia sobre el hombre. Algunos vecinos dicen que la oyeron gritar llena de rabia, sin saber lo que ocurría dentro. Mi bisabuela estaba perpleja, todo se movía y se rompía con grandes estruendos. Dijo que su último recuerdo fue el hombre inmóvil en el suelo y un radiante haz de luz que salía desde su pecho hacía la casa, y que después, todo cesó.

Sus hermanos la encontraron horas más tarde inconsciente en el patio. No había ni rastro del hombre. Su hermana mayor, Ángeles, se pasó la vida diciendo que desde aquel momento mi pobre bisabuela nunca había vuelto a ser la misma, como si solo estuviera viva cuando estaba dentro de la casa, y una vez fuera viviera vagando sin alma a la espera del día en que le llegara la hora. Y así vivió una vida llena de salud que se prolongó muchos años. Y aunque ya nadie vive aquí, esta casa ha pasado de generación en generación hasta llegar a mí, bueno, a mi hermano, y aún se oye en la ciudad esta vieja historia. Algunos dicen que mi bisabuela simplemente estaba loca y que se lo inventó todo, pero yo, pequeños, os puedo asegurar que la historia es verdadera.

Acabó el relato y apagó la linterna, dejando a los niños en completa oscuridad durante unos segundos hasta que volvió a encender la lámpara de gas. Mari siempre había sido muy dramática, y esta historia sacaba su lado más macabro. Su viejo padre decía que de verdad se la creía.

Ya era tarde, así que Mari mandó a los niños a que se fueran a acostar y ellos obedecieron, algunos aún aterrorizados con la historia. Tardaron poco en dormirse y Mari decidió que también era hora para que ella se fuera a dormir, así que se acurrucó en su saco de dormir y poco después la venció el sueño.

Catalina tenía los ojos como platos. No podía dejar de pensar en la historia y en si era real o no. Hacía tiempo que había pasado la medianoche, pero ella seguía sin poder pegar ojo, así que encendió su linterna y se sentó erguida en el saco. Apuntó con la luz a las columnas de la casa, al entrar se había fijado en que estaban un tanto torcidas, pero parecía hecho a propósito, así que había asumido que eran falsas o de decoración y que las que de verdad sostenían los cimientos de la casa estarían ocultas detrás. Catalina no sabía mucho de arquitectura, supongo que sabía todo lo que puede saber del tema una niña de diez años: poco, por no decir nada. Pero, a pesar de no saber del tema, la vieja casa de Eduardo Castro le parecía extraña, como si fuera imposible que siguiera en pie sobre sus cimientos.

Después de varios minutos intentando conciliar el sueño ocurrió algo que hizo que Catalina se quitara por completo de la cabeza la idea de dormir. Una música distante de cuerda había empezado a sonar de la nada, una melodía hipnótica que invitó a Catalina a levantarse y caminar en dirección a la puerta principal. La niña sintió que se veía caminar desde fuera,

como si observara sus pies avanzando uno delante del otro sin que ella se los ordenara. Paso a paso caminó hacia la puerta de la entrada, unos metros más adelante.

De repente se oyó un ligero estruendo y Catalina salió momentáneamente de su trance. Miró hacia atrás y vio a Alvarito, que había sacudido una lata de refresco de su comida para hacer ruido y llamar su atención. Se cuenta que tras una larga conversación, él intentó detenerla sin éxito. Al parecer, Alvarito creía que el hecho de que se dijera que la bisabuela de la profesora Mari solo estaba viva dentro de la casa tenía que ver con que no les dejaran salir. Intentó obligar a Catalina a que volviera a su saco de dormir, pero para entonces ella ya no era la misma. Dicen que intentó hacerse el valiente, pero que estaba muy asustado, lo cual encuentro lógico, yo también lo estaría en su lugar.

Álvaro y Catalina acabaron discutiendo casi a gritos, pero ninguno de los otros niños ni la profesora se despertaron. Dijeron que fue cosa del destino que solo ellos se encontraran aquella fatídica noche. Álvaro no oía la música de la que hablaba Catalina y ella acabó por hartarse de él. Le gritó y le dijo que se fuera pero él permaneció. Y entonces ocurrió lo inimaginable. La casa despertó.

Como si sus ventanas fueran ojos y sus puertas fueran bocas, la casa gritó pulmón en mano y los niños se vieron envueltos en la rabia que desprendía la ciudad entera. Álvaro cayó al suelo quedándose inmóvil y Catalina corrió hacia el exterior. Puso un pie fuera de la casa y después el otro, y entonces la inundó el dolor. La casa seguía gritando y ella quiso gritar aún más fuerte hasta que su cuerpo no aguantara la desdicha. Y no aguantó.

...

Encontraron al joven Alvarito tirado en el suelo la mañana siguiente. Se recuperó físicamente, pero todos los que le conocieron cuentan que estaba loco. Murió joven, hace pocos años, un accidente de coche.

Mari fue despedida del colegio y casi acaba en la cárcel por sus imprudencias, pero una inesperada reconciliación con su hermano y su billetera la sacaron del aprieto.

La vieja casa de Eduardo Castro se precintó y fue derribada meses después. Hoy es un solar sin vida en el que nadie se ha atrevido ni probablemente se atreverá nunca a construir nada.

Y en cuanto a la niña, nadie supo más de ella desde aquella noche, dicen que solo le fue a llorar una tía segunda, porque sus padres pensaron que aquello había sido obra del diablo. Pero de eso tampoco estoy seguro.

Espero que te haya gustado, pues hasta aquí llega la historia de Mari, la casa, Eduardo Castro, la bisabuela, Alvarito, los niños y, sobre todo, la joven Catalina, que padeció aquella noche por obra de una casa aún en vida.

O, por lo menos, eso es lo que me han contado.

